

"Hay una etapa, que puede ser más o menos extensa, desde la jubilación hasta que pierdes el control de tus actos, en la que la reflexión, el análisis de los hechos vividos y el conocimiento de la realidad, están en ese punto en el que rozas la sabiduría, pero ya no hay cátedra que te reciba ni discípulos que te escuchen".



El autor en una fotografía reciente / Foto: MGala

(**Máximo García Ruiz**, 14/05/2019) Ha transcurrido un lustro desde la fecha en la que nos dejó Manolo López, eximio escritor y dilecto amigo, nuestro periodista de cabecera.

Me hubiera gustado intensificar más esa faceta de maestro, pero el sistema educativo operante,

Manolo estaba interesado, entre otros muchos proyectos, en escribir mis memorias, oferta que yo fui dilatando debido a una mezcla de pudor y modestia. Otro buen amigo, eminente historiador, me ha incitado a hacerlo yo mismo, pero no creo que haya llegado el momento. Uno siempre tiende a pensar que es demasiado joven para esas cosas. Lo que sí hago, lo que sí haré, es compartir algunas experiencias personales acumuladas a lo largo de una vida que comienza ya a ser propecta.

Durante cuarenta años de mi vida he impartido clases en diferentes instituciones docentes, especialmente en el Seminario-Facultad de Teología de la UEBE, pero también en otras instituciones protestantes, católicas y universitarias. He enseñado sobre materias diversas, como teología pastoral, eclesiología, evangelización, liderazgo, sociología, historia de los bautistas, historia de los protestantes, historia de las religiones, comunicación... He sido profesor de centenares de alumnos que ejercen el ministerio pastoral en diferentes iglesias y países. Los alumnos de la Universidad de Valencia, por ejemplo, a quienes impartí clases en la Cátedra de las Tres Religiones durante un puñado de años, se dedican a otras muy diversas profesiones, fuera del ámbito de la teología.

En algunos casos, me precio de haber sido maestro, no solamente profesor. Por ahí se mueven algunos que de alumnos pasaron a ser discípulos. Me hubiera gustado intensificar más esa faceta de maestro, pero el sistema educativo operante, en su mayor parte, te obliga a ser impartidor de materias que otros han elaborado y que uno tiene que adaptar, tal vez reelaborar e interpretar. Enseñas datos, transmites información sobre hechos históricos, sobre personajes relevantes, sobre metodologías que han podido mostrarse eficaces. Y esperas que los alumnos aprendan, asimilen y retrasmitan esos valores.

Y es ahora, cuando ostento el honorífico título de “profesor emérito”, es decir, cuando ya está u

Algunos dicen que no lo he hecho mal, que no he sido un mal profesor, pero al hacer memoria de ello, siento que me hubiera gustado poder ser más maestro que profesor. Y es ahora, cuando ostento el honorífico título de “profesor emérito”, es decir, cuando ya está uno jubilado, fuera de la circulación, y nadie cuenta contigo, cuando posiblemente el profesor podría hacer mayores aportaciones como maestro; pero ya has sido excluido del “sistema”.

Hay una etapa, que puede ser más o menos extensa, desde la jubilación hasta que pierdes el control de tus actos, en la que la reflexión, el análisis de los hechos vividos y el conocimiento de la realidad, están en ese punto en el que rozas la sabiduría, pero ya no hay cátedra que te reciba ni discípulos que te escuchen. Esa época en la que, poco a poco, la artritis, la baja visión, el reuma o las dificultades para la movilidad te van pasando factura, pero aún mantienes una mente lúcida, capaz de reflexionar y transmitir todo lo aprendido y experimentado a lo largo de la vida. El sistema se lo pierde.

Ahora bien, sea desde la cátedra o en los bulevares, estabulados en las aulas o peripatéticos por los senderos de la vida, creo que es necesario constatar que los nuevos profesionales, los emergentes intelectuales, los aspirantes a pastorear iglesias, alumnos y profesores, deberían aprender el “oficio” sin dejar de lado una adecuada formación conceptual desde la experiencia y la reflexión de aquellos que, además de ser reconocidos profesores sean, por su experiencia, excelsos maestros, para lo cual es preciso establecer mecanismos para aprovechar los valores que han sido infravalorados por el sistema.

Autor: [Máximo García Ruiz](#) . Mayo 2019 / Edición: Actualidad Evangélica

© 2019 - *Nota de Redacción: Las opiniones de los autores son estrictamente personales y no representan necesariamente la opinión o la línea editorial de Actualidad Evangélica.*

